

3



### **Luis Romero Villa. Bilbao, 1970**

Licenciado en Historia. Ha participado en el programa de Doctorado en Historia del Arte de la UNED obteniendo el título del DEA. En el ámbito profesional su carrera como funcionario se ha desarrollado en el sector logístico en la empresa estatal Correos. En la actualidad trabaja en la Tesorería General de la Seguridad Social. Motivado por sus lecturas tempranas y por su imaginación activa sintió desde niño la necesidad de escribir, pero es desde el 2013 que decide tomarse en serio su vocación de escritor y formarse para ello. Comienza entonces su aprendizaje en los talleres de la Escuela de Escritores que lleva a cabo durante una década.

Ganador del certamen literario IX Concurso Literario Vasco Díaz Tanco. Ha publicado un cuento en el libro *Se los llevaron en el camión* del historiador riojano Tomás Llanos Justa.

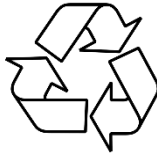
*El Mar de Hierba* es su primer libro de relatos.

Luis Romero Villa  
EL MAR DE HIERBA

COLEMAN  
Ediciones

**COLEMAN**  
Ediciones

colemanediciones.com



Regala o recicla este libro

Primera edición: junio de 2024

© Luis Romero Villa, 2024

© Inés Mendoza del prólogo, 2024

© Luis Brox de la fotografía del autor, 2024

© Coleman Ediciones de esta edición, 2024

ISBN: 978-84-127543-0-8

Depósito legal: M-14034-2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

Para cualquier información o consulta:

[info@colemanediciones.com](mailto:info@colemanediciones.com)

Luis Romero Villa  
**EL MAR DE HIERBA**

**COLEMAN**  
Ediciones



Para mis padres, Remedios y Luis





«De la vida de la que surge lo que se escribe  
no es posible escribir».

Tobías Wolff, *Vieja escuela*



# Mar de hierba:

## La contemporaneidad como mito

Prólogo de Inés Mendoza

«Solo lo que ha transcurrido  
o cambiado o desaparecido  
nos revela su rostro real».

Cesare Pavese

Desde tiempos remotos, los escritores y escritoras nos hemos preguntado en qué consiste *hacer* literatura. O más exactamente, en qué consiste hacer literatura en la época que nos haya tocado habitar. Como los buenos libros, *El mar de hierba*, ópera prima del bilbaíno Luis Romero, intenta responder a esta y a otras interrogantes. Y la respuesta, que el lector tiene entre sus manos, es de una madurez literaria inusual en un autor novel. Para aquellos catadores exigentes que, como yo misma, lo confieso, seguimos resistiéndonos a los productos *low cost* que inundan el mercado editorial, esta colección de relatos es sin duda un motivo de celebración.

Celebración porque lo primero que salta a la vista apenas abrimos *El mar de hierba* es su solidez literaria. No exagero si digo que los 19 relatos que componen el volumen tienen una factura impecable. Entre otros valores, Romero hace gala aquí de un lenguaje cuidadoso, una precisión estructural milimétrica y un plexo de metáforas sobrias que no por serlo dejan de ser originales. Mención aparte merecen cuentos tan brillantes como *El cormorán*, *Toni el mecánico*, *La luz que nunca se apaga*, *Un mundo perfecto*, *El funeral*, *El muñeco de nieve*, o *El mar de hierba*, última pieza del libro. Tampoco podía faltar el pedigrí que respalda toda propuesta artística que merezca ese nombre. *El mar de hierba* lo tiene, y de la mejor calidad. Entre sus antecesores literarios se cuentan escritores tan indiscutibles como Tobías Wolff, Carver, Cheever, Lucía Berlin y, en general, los herederos de la escuela realista norteamericana que encabezaran en su momento Hemingway y Salinger. Lo más interesante es que Romero reactiva esta herencia dándole al declive actual de la sociedad industrial el sentido de un mito tan personal como lúcido.

Dividido en cuatro secciones, *Pleamar*, *Vestigios*, *La espesura* y *Extramuros*, el tema axial de *El mar de hierba* es la pregunta por el ser que encierra cualquier proceso de autoconocimiento. Una pregunta cuyo epicentro es la ciudad de Bilbao. Por fortuna, no hay en este decorado ni sombra de ese costumbrismo que inexplicablemente se filtra en

tantos libros de hoy y que a estas alturas del siglo XXI, por lo menos a mí, me resulta cansino. Muy por el contrario, Bilbao y sus alrededores le sirven al autor para mirar con una lupa intimista la vida contemporánea: nuestra vida.

Claro está que *El mar de hierba* aborda la pregunta por el ser de un modo distinto en cada sección. Los protagonistas de la primera, por ejemplo, alcanzan nuevos estadios de crecimiento tras una inmersión en lo natural. El mismo papel cumplen en *Vestigios*, la segunda parte, algunos objetos cotidianos a los que Romero presta el carácter de sugestivas máquinas simbólicas. En cambio, las metáforas del tercer bloque, titulado bellamente *La espesura*, se organizan alrededor de ciertos animales que actúan como auténticos disparadores de cada peripecia. La última sección del conjunto es «Extramuros», donde el autor, con notable destreza, pone en juego lo que podríamos denominar «el milagro de lo real».

Personalmente, me ha llamado mucho la atención el tratamiento que en *El mar de hierba* reciben la naturaleza y la industria, fenómenos ambos con los que Romero configura un inteligente mito que reflexiona sobre la fase de decadencia que sufre en nuestros días la sociedad, o que más bien sufrimos nosotros. Si a finales del siglo XX un Richard Ford o un Sam Sepphard (pienso en *Incendios* o en *Crónicas de Motel*) denunciaban una realidad donde lo natural aparecía entreverado de

restos fabriles, en *El mar de hierba* este entorno degradado ha pasado a ser una «segunda naturaleza». Una naturaleza impura y decadente. Una naturaleza que a estas alturas de la Historia solo puede invocar lo que de valioso o épico tuvo el período industrial, hoy prácticamente abolido. Pero también una naturaleza que precisamente en virtud de su decadencia se presenta como el espacio del deseo: «Allí estábamos los dos, únicos habitantes de un mundo en ruinas que se desvanecía a nuestro alrededor», leemos en el primer relato del libro. Y no se trata de una idea aislada.

Bien puede verse que la visión de Romero sobre ese mundo en ruinas es optimista, o por lo menos retrata un hábitat que todavía posee algo rescatable. Se entiende así que esta «segunda naturaleza» sea, por ejemplo, el escenario de los juegos infantiles de *El cormorán*, cuyos personajes son testigos privilegiados del derrumbe: «los años de los altos hornos, con sus chimeneas humeantes, se acababan y nosotros —los hijos del gran boom demográfico— correteábamos entre los restos herrumbrosos de aquel pasado industrial». Pero no se trata solo de un escenario de juegos, sino que esta segunda naturaleza es también un medio de renovación. El protagonista de *En el tejado*, habitante de una urbanización semidesierta del «confín de la ciudad», se transforma subiendo cada noche al techo de una fábrica que, aunque

abandonada en un descampado, es incluso artísticamente valiosa en la medida en que rinde homenaje a Le Corbusier. El personaje nos da la clave de su inspiradora odisea diciendo «no creo que fuera una casualidad que todo sucediera en aquel territorio limítrofe en disputa entre la civilización y la naturaleza».

En consonancia con este espíritu posibilista, son muchos los cuentos de *El mar de hierba* donde lo natural todavía resiste a los embates de la explotación económica, sobre todo en la primera sección. Una criatura marina puede ser la imagen de una toma de conciencia (*Los ojos del pulpo*), una tempestad tiene la facultad de propiciar una apertura comprensiva hacia los otros (*La galerna*); una simple nevada revive el espíritu maravillado de la niñez (*El muñeco de nieve*). Abundan en el libro los relatos donde los animales encarnan las vicisitudes de la vida interior: el rebaño de *Los ñus del Serengueti* lleva al protagonista a formular una aguda crítica contra el gregarismo, el caballo de *El final del verano* (una pieza deudora del mejor Carver) revela a una pareja sus deseos soterrados, el lobo de *El búnker* traduce la siempre difícil relación con lo desconocido, y el zorro de *El funeral*, uno de los relatos que más me han conmovido, compone un discurso sorprendente sobre el cuidado hacia la vida. En la cosmovisión del volumen quedan, incluso, un puñado de seres humanos capaces

de sostener el antiguo vínculo con lo natural, que es justamente lo que hace el adolescente semisalvaje del primer cuento, quien crece vagando «libre por la orilla de la ría».

Como es lógico en una narración contemporánea, en *El mar de hierba* los animales no son el único medio de alcanzar la trascendencia. También están los objetos fabriles, que con frecuencia poseen cualidades propias del reino biológico. En el delicioso cuento *La luz que nunca se apaga*, una bombilla resiste al tiempo igual que lo haría una montaña; en *El mapa*, los restos de un mural narran las memorias anónimas de la guerra civil, lo mismo que una piedra cuenta la historia geológica del planeta; el tren de juguete de *Un mundo perfecto* nos enfrenta a lo irremediable con la crudeza de las leyes físicas. Por último, son numerosos los *no-lugares* que operan en estos cuentos como herramientas de revelación. Así, la nave de *El mar de hierba* o los ruinosos pabellones metalúrgicos por los que la protagonista de *Vestigios* siente un amor «sólido como el mineral del hierro»; así la iglesia «reconvertida en local multiusos» que sirve de escenario al concierto de *Toni el mecánico* (otra de mis piezas favoritas), interesante reflexión sobre lo sagrado que nos descubre que este mito del período industrial tiene sus oficiantes y sus dioses.

La naturaleza, la industria, la sociedad. El sujeto contemporáneo, eternamente en crisis; su vida psíquica. Y sobre todo el milagro cotidiano, que en



este primer libro de Luis Romero articula un discurso capaz de reactivar la mirada penetrante distintiva de los verdaderos realismos. Un discurso que en las primeras páginas arranca de la experiencia contemporánea para desembocar en un canto a la aventura humana tan prodigioso como veraz. No por nada el volumen cierra con el relato *El mar de hierba*, donde la estepa de Mongolia es la metáfora de un imperio más extenso que ningún otro: el de las infinitas posibilidades que abren los deseos humanos. Nuestras posibilidades. Nuestros deseos. Ese mar de hierba que todos tenemos ahí, permanentemente, delante de los ojos.



**PLEAMAR**



# El Cormorán

**S**iendo yo solo un crío, a mi viejo y a otros muchos como él les prejubilaron en la siderurgia en la que trabajaban y, cuando ya no quedó nadie en nómina, la desmantelaron. Por aquel entonces, mi pueblo era tan solo un suburbio más a orillas de la Ría de Bilbao y las fábricas aún se extendían a lo largo de los quince kilómetros de su ancho cauce, en una mancha oscura que llegaba hasta el mar. Los años de los altos hornos, con sus chimeneas humeantes, se acababan y nosotros — los hijos del gran boom demográfico — correteábamos entre los restos herrumbrosos de aquel pasado industrial, a orillas de una ría contaminada, en la que, por increíble que parezca, en las horas de pleamar, todavía existían lugares en los que darse un buen chapuzón. Uno de aquellos parajes, más cerca de la desembocadura del Abra que del puente de San Antón, era el viejo astillero; allí era donde saltaba Josu, al que todo el mundo conocía como el Cormorán.

Se había ganado el apodo lanzándose de cabeza desde las grúas de la factoría abandonada. En realidad, le llamaban así porque cuando se zambullía nadie sabía muy bien por dónde iba a salir. Yo le había visto saltar y reaparecer muy lejos del punto en el que se había sumergido, cuando ya todos le buscaban preocupados en los diques. Antes de eso ya le admiraba, pero después de verle volar y aguantar la respiración bajo el agua como un jodido cormorán, solo pude idolatrarle.

Lo cierto es que mi devoción era compartida por la inmensa mayoría de los chavales del pueblo. Josu hacía algún tiempo que no iba al colegio y, desde entonces, vagaba libre por la orilla de la ría, contemplando cómo sus tocayos de plumas negras pescaban. Solíamos encontrarle en el patio a la hora del recreo, sin camiseta, oliendo a mar y salpicado de salitre, metiendo mano a Marina; la diosa morena del último curso. Le envidiábamos sin medida y, antes que a ese chaval que logró jugar en el Athletic, o al vocalista de la banda más cañera de punk local, era a él a quien queríamos parecernos. Así que aquella luminosa mañana, a la salida de clase, cuando se corrió la voz de que el Cormorán y otro chico se habían desafiado a lanzarse desde las grúas, nadie se lo quiso perder.

Sentados en el muro del rompeolas, aguardábamos impacientes a que los saltadores aparecieran al pie de aquellas moles oxidadas que cubrían el horizonte. Su mera contemplación nos

fascinaba. Eran enormes. Vestigios alucinantes de otra época. Eran tan grandes, que todo a nuestro alrededor nos parecía diminuto si lo comparábamos con aquellos armatostes de metal.

Josu llegó puntual a la cita. Le acompañaban sus mejores colegas y Marina. Poco después apareció el otro; un chico larguirucho, de pelo rubio y corto, que nadie conocía. Más tarde — cuando todo terminó — supimos que había cruzado la ría en el *gasolino*<sup>1</sup>, buscando medirse con el más grande.

Los dos saltadores echaron a suertes quién subiría primero y luego se desnudaron. El turno inicial fue para Josu. Hubiera gritado de pura excitación al ver su figura recortada contra el sol trepando por la vertiginosa escalera. Sin embargo, mis compañeros y yo, guardábamos un reverencial silencio. Era un silencio casi planetario, que ni siquiera el graznido de las gaviotas o el rumor de la brisa lograban perturbar. No podría decir cuánto duró aquel instante en el que el Cormorán, aferrado a la barandilla de la cabina de la grúa, esperaba el momento adecuado para saltar; solo sé que apretaba los dientes, igual que si fuera yo mismo el que me enfrentara al vacío.

Pero algo no iba bien, Josu no daba el paso. «Seguro que es el viento», nos dijimos. Al cabo de un rato le vimos hacer gestos de que no se lanzaría y luego, ante nuestra atónita mirada, comenzó a

---

<sup>1</sup> Barca de motor que trasporta pasajeros de una margen de la ría a la otra.

descender la escalera; un murmullo de decepción recorrió el rompeolas. Aun con todo, estábamos convencidos de que si el Cormorán no saltaba el otro chico tampoco lo haría.

Nos equivocamos, y el Rubio nos demostró que no había venido desde la otra margen para nada. Así que después de ascender por la escalera hasta la cabina y pasar al otro lado de la barandilla, el muy cabrón, con un impulso limpio y preciso, se lanzó.

Los días que sucedieron al no salto del Cormorán fueron una pesadilla para mí. En tan solo una semana me peleé tres veces en el colegio con chicos que tachaban a Josu de cobarde. Me asqueaba la traición de mis compañeros de clase; ahora, al parecer, el Rubio era un tío de puta madre. Estaba de tan mala leche que, cuando llegaba a casa, seguía la bronca zurrándome con mis hermanos sin motivo alguno. Solía terminar encerrado en mi cuarto, escuchando a Eskorbuto<sup>2</sup>, con el volumen a tope, hasta que los vecinos venían a quejarse; solo mi vieja me aguantaba. Al cabo de un tiempo volví a comportarme en casa todo lo bien que de mí se podía esperar —que no era mucho por aquel entonces—, especialmente después de que mi viejo me amenazara con mandarme a trabajar a una obra si seguía con la misma actitud. También en la escuela mejoraron las cosas, ya no

---

<sup>2</sup> Grupo punk surgido en 1980 originario de Santurce.



me pegaba con nadie, aunque continuaba tan enfadado con el mundo como antes; estaba enfadado con todos y con todo, menos con el Cormorán, claro, al que yo le seguía siendo fiel.

Sin embargo, hubo algo que logró abrir una pequeña brecha en mi inquebrantable fe en Josu y, resultó paradójico que no fuera otra cosa que su propio comportamiento. Seguía esperando a Marina a la hora del recreo, pero desde el día del astillero ya no buscaban rincones para meterse mano a base de bien. Ahora se limitaban a pasear por el patio, el uno al lado del otro, sin ni siquiera rozarse. Había algo diferente en él. Caminaba mirando al suelo, como si soportara sobre los hombros algo muy pesado que le obligaba a doblar la cabeza. En ese tiempo, cualquiera que no le hubiera conocido antes habría pensado de él que era un verdadero y total gilipollas.

Unas semanas más tarde nos dieron las vacaciones en el colegio y aquel mismo día nos enteramos de que Marina y el Cormorán lo habían dejado. Luego vinieron las fiestas del pueblo en pleno agosto y, entonces, Josu consumó su particular descenso a los infiernos. Sus mejores amigos hacían planes a sus espaldas, mientras él iba de pelea en pelea y de una gran borrachera a otra aún mayor. Para colmo, el Rubio saltó un par de veces más aquel verano, demostrando que su hazaña no había sido una cuestión de suerte.

No volví a hablar del Cormorán durante el resto de las vacaciones —la verdad es que nadie hablaba ya de él— y cuando alguna vez nos lo encontrábamos deambulando por los cargaderos de mineral, era como ver el espectro de aquel muchacho que una vez fue el mejor de todos nosotros; solo los cormoranes le acompañaban desde el agua en su soledad.

Un atardecer brumoso, después de bañarnos, cuando los demás se habían marchado, el Cormorán se acercó al astillero. Verle en aquel lugar, donde tantas veces me había entusiasmado con sus vuelos, me hizo sentir una punzada de nostalgia. Allí estábamos los dos, únicos habitantes de un mundo en ruinas que se desvanecía a nuestro alrededor. Pero las grúas seguían en pie, ancladas con firmeza al hormigón por desconmutables tuercas, tan firmes como el afecto que aún sentía por Josu y que ahora afloraba de nuevo. Él alzó su mano saludándome y, antes de que supiera bien qué estaba sucediendo, se había quitado la ropa y ascendía por la escalera de la grúa. No tardó en rebasar la cabina y, sin detenerse, continuó escalando por los contrafuertes de metal. Al llegar al techo se dejó caer patinando hasta la pluma de hierro que se alzaba diez metros por encima de la barandilla. Adivinando sus intenciones le grité que no lo hiciera, pero él aparentaba no oírme. Avanzó por el brazo de la grúa a horcajadas; al llegar a su extremo se levantó despacio.

Después, como si fueran las alas de un enorme pájaro, extendió los brazos. De nuevo grité intentando detenerle y, acto seguido, saltó.

Mientras presenciaba aquella locura, una sola idea se me pasaba por la cabeza; Josu había decidido mandar todo a la mierda y me había elegido a mí, a su último admirador, para que estuviera presente. Nadie se había lanzado desde allí; la escalada era algo impensable, saltar y poder contarle resultaba una quimera.

Vi cómo el cuerpo elástico del Cormorán giraba en el aire y luego se clavaba justo en el centro del viejo dique anegado por la marea. Corrí hacia allá; las ondas en el agua se expandían sobre la superficie oscura. Esperé un instante y nada ocurrió. El dique era profundo, tal vez lo suficiente, quise pensar. Cerca de la ría, en el canal que llevaba al astillero, algunos cormoranes descansaban en una boya musgosa. Intenté contar los segundos; primero se convirtieron en un minuto y luego en dos, en tres. Aquello era demasiado, incluso para él. Desesperado, me lancé al agua y me sumergí varias veces tratando de encontrarle; los ojos me ardían por el salitre. Salí a respirar. Cuando ya le creía con seguridad ahogado, lo vi reaparecer junto a la boya, en medio del canal, muy lejos del astillero. Los cormoranes que estaban allí posados levantaron el vuelo; fue algo jodidamente memorable.

Me llevé un buen susto esa tarde. La increíble gesta de Josu, merecedora del mejor himno punk que se haya compuesto jamás, por expreso deseo suyo, fue siempre un secreto entre los dos. No volví a verle acercarse de nuevo a las grúas y, unos años más tarde, sin que a nadie le importara, el Cormorán se largó del pueblo. Esa fue su última gran acrobacia; desaparecer de la memoria de toda una generación como si nunca hubiera existido. Sin embargo, en mi caso, cuando hay marea alta y el viento trae consigo el olor a mar, si cierro los ojos, le veo de nuevo en el astillero. No importa que ese paisaje ya no exista. Yo sigo allí, en el rompeolas, apretando los dientes mientras espero a que Josu salte.

# Galerna

Cuando llegaron a la playa, ninguno de los dos prestó atención a la mujer con el bebé, y mucho menos se dieron cuenta de la toalla sin ocupante que había extendida a su lado. Luego sí, luego, después de bañarse, mientras Patri se liberaba del bikini y Jon le extendía el protector solar en la espalda, no pudieron evitar fijarse en ella. Demasiadas horas al sol, se dijeron, al ver aquella piel consumida. A su bebé, en cambio, lo había refugiado bajo la sombrilla, en una minúscula tienda de campaña con cremallera, y a Patri le pareció que todo el cuidado, que la mujer no guardaba consigo misma, lo derrochaba en él, pues a cada rato bajaba la cremallera de la tienda para hacerle algún mimo. Pero no fue nada de eso lo que les llamó la atención. La mañana dejaba paso a la tarde sin prisa, el cielo era azul y en el mar cientos de despreocupados bañistas se divertían entre espumosas olas. Sin embargo, aquella mujer no cesaba de escrutar el horizonte.

Esto es una muestra gratuita.

Si quiere leer el libro completo adquiéralo en:

**COLEMAN**

[https://colemanediciones.com/libro/mar-de-hierba\\_158703/](https://colemanediciones.com/libro/mar-de-hierba_158703/)

**amazon**

<https://www.amazon.es/dp/8412754301>